

Alone Diserta Sobre “Aprender a Escribir”

Por Fernando Durán V

Ya había dicho Renán que quien escribe dice la mitad de lo que piensa y otra mitad de lo que no piensa. La dificultad de la expresión consiste justamente en esa parte inexpressada que late en ella y que dificulta el acoplamiento ideal entre lo que sentimos y lo que decimos, entre lo que pensamos y lo que formulamos.

Alone es en nuestra literatura uno de esos raros escritores que ha logrado vencer esta antinomia y escribir con una flexibilidad, con una aérea fluidez en que se funden el contenido de su pensamiento con la forma en que éste se modela. Por lo mismo, ha introducido en nuestra crítica una dimensión poética, que nos incita a dejarnos llevar por su comentario independientemente de lo que diga sobre el libro comentado. Lo que nos interesa es el eco despertado por el volumen en su sensibilidad, en otras palabras, la confianza que nos hace de sus impresiones, de ese gozo oculto que esperaba la ocasión para libertarse.

En la reedición de su breve libro: “Aprender a escribir”, no hay nada dogmático, nada admonitorio. Lejos de encontrar a un crítico, juez que dicta sentencia sobre la obra leída, descubrimos un alma que intenta comunicar su placer, transmitir el temblor que en ella provocó una página hermosa, un relato perfecto, un verso musical. Con ello nos enseña que sólo se debe hablar de lo que se ama y que el crítico ideal es aquel que se enamora del libro y nos describe no lo que éste es en sí, sino lo que acontece en él y, por la gracia de su penetración y de su intuitiva agudeza, nos ayuda a ver los paisajes dormidos, los colores sutiles, las formas delicadas que avistó en su excursión.

“La dificultad, nos dice en un párrafo exacto y certero, puede constituir un acicate como la facilidad. Y como el que labra la forma ya sabemos que está, en realidad, labrando el fondo, nada de raro que sea preciso remover la una para poner en explotación el otro. Muchas veces ocurre que buscando una palabra para no repetir otra, se encuentra no una palabra sino una idea; o pensando en el modo de equilibrar tal frase, que parece coja, inarmónica, lánguida, se descubre que la razón de su cojera, de su desarmonía y su languidez, estaba en que la idea carecía de base y el sentimiento era común e inexistente”.

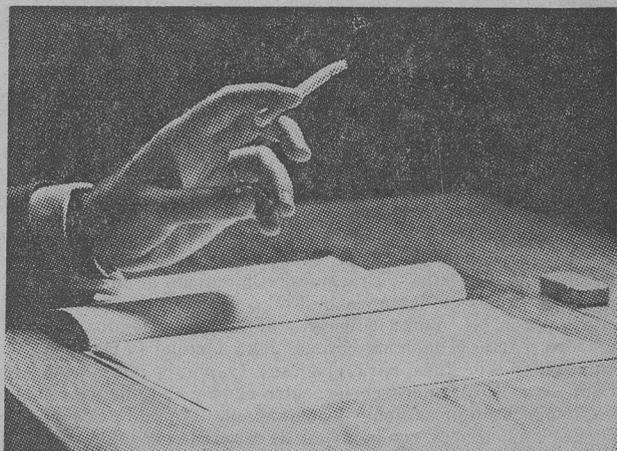
Tampoco es otra cosa la poesía. Porque, en realidad, pensamos con palabras y sentimos con sustantivos y adjetivos, que articulamos mediante el verbo, los adverbios y las proposiciones. Por consiguiente, cuando afinamos un pensamiento, estamos moviéndonos entre oraciones y cada vez que elegimos entre éstas para acercarnos más a la idea o a la emoción, sólo ajustamos conceptos y sonidos, ideas y ritmos, para celebrar la alianza entre la inteligencia y la sensibilidad. Tiene plena razón Alone cuando rechaza categóricamente, él tan reacio a la afirmación absoluta, la distinción entre forma y fondo. Toda forma lo es de un fondo como todo frontis es el exterior de un edificio a cuya estructura obedece. Así también el fondo surge por una forma y dentro de ella, pues si se quedara en simple intento no adquiriría ni la sombra de una existencia.

Un poeta tan eximio y de tanta agudeza crítica como Poe, adelantaba ya que la poesía es, en el orbe de las palabras, la creación rítmica impuesta por la belleza, cuyo único árbitro es el gusto. Pero esa belleza surge de la precisión, del encadenamiento riguroso de la expresión, que emplea el vocablo necesario y lo asocia con otros vocablos que acuden llamados por él. El pintor auténtico traza el rasgo seguro, escoge el color preciso, y de las nupcias entre ambos extrae la forma gloriosa. Ni línea ni color pueden marchar solos, pero apenas se ponen en contacto hacen estallar la forma y con ella el tema que la consolida en un cuadro.

Alone adjudica un poder esencial a la variedad. No repetirse, insiste, es el gran secreto, la fórmula perfecta. Pero olvida que no basta evitar la monotonía, que no es suficiente el cambio para que da la variación nazcan la originalidad, la belleza, el encanto.

La danza es cambio en la trama o tejido de un movimiento, pero éste debe organizarse de manera de poseer unidad, de urdir sobre su tela una sucesión de pasos que se correspondan y se engargen. Es la diferencia entre las sacudidas y el ritmo, entre el sonido y la música.

Cuando Alone nos narra su lucha con las palabras, su batalla para descubrir y hacer que acuda la que necesita, describe la pugna del poeta con la expresión, del creador con la materia



sorda o rebelde. “Con frecuencia, apunta, paso mucho rato buscando la manera de reemplazar un verbo de dos sílabas que diga lo mismo, pero que tenga tres sílabas, porque ahí, en esa frase, necesito tres sílabas y no dos; sólo con tres sílabas puedo seguir, encuentro que se entona la canción y que el período se articula, mientras con dos sílabas, aunque expresan, desde un punto de vista lógico, exactamente lo mismo, la frase no marcha, cae al suelo, se deshace y la música interior, enfadada, guarda silencio”.

Difícil sería explicar más nítidamente lo que es la labor creadora del poeta o del novelista. Inventan, descubren, se sumergen en el océano de todas las posibles palabras para encontrar las que iluminan la obra, e iluminando a esta última alumbran el interior de quien las forja. Es la faena que ya había descrito el verso admirable del Baudelaire: “Plonger au fond du gouffre. au fond de l'inconnu pour trouver du nouveau”. En suma, sumergirse en los mares de lo desconocido para capturar lo nuevo, lo inesperado.

Porque, en el fondo, la crítica de Alone es esencialmente poética. La inspiración acude a él invocada por el libro que lo despierta y una voz se eleva de sus páginas, profiriendo las sílabas necesarias para ponerlo en conmoción. Entonces el crítico escribe sobre sí mismo, descorre la puerta a fin de que se escuche la voz dormida, de que hablara en verso inolvidable Juan Guzmán Cruchaga, y empieza a surgir de su pluma la canción que fluye de una vena acabada de entreabrir.

Los juicios que emite Alone sobre las obras que comenta, pueden resumirse en el título dado por Alfonso Reyes a uno de sus libros de crítica: “Simpatías y diferencias”. Deja salir sus concordancias, sus afinidades, para que ellas hablen por su cuenta. Las obras son para él un pretexto, una alusión. De la identificación que sienta con ellas dependerán el tono y el entusiasmo de sus expresiones. Cuando la coincidencia sea cabal escribirá páginas penetrantes, lúcidas, como las numerosas que consagró a Proust, como los descubrimientos que hizo en literatura chilena de Gabriela Mistral, de Manuel Rojas, de Marta Brunet, de González Vera; pero si el libro no calza con su sensibilidad, como era el caso de las novelas de Mariano Latorre, verá con pupila implacable los defectos y éstos aparecerán agigantados por una enorme lupa.

Al cerrar este libro, que conserva todo su encanto y su frescura, es imposible no llegar a la conclusión de que no existen reglas ni métodos para escribir con gracia, con finura, con belleza. Podrán elaborarse recetarios, sistematizar consejos, reunir millares de experiencias confiadas por otros escritores. Pero ningún estudio ni ninguna fórmula entregará el secreto. El fértil e ingenioso autor de las “tradiciones peruanas”, Ricardo Palma, lo explica en ese pequeño poema sobre cómo se escriben versos. Se cortan éstos en medidas iguales, se riman los extremos, se ajustan en estrofas. Pero en el medio de semejante formulario debe existir algo. “En medio, en el medio, ése es el cuento, —hay que poner talento”.